

[Cuaderno azul] Tijeretazos [Postriziny]

UN JUEGO DIVERTIDO seguido de  
EL AMOR, CINE EN CASA  
Cesare Zavattini

## Un juego divertido

Quiero enseñar a los pobres un juego muy divertido.

Subid la escalera de vuestro domicilio adoptando un aire de forastero (aquel día regresar un poco más tarde que de costumbre), y al llegar frente a la puerta de vuestro piso, apretad el timbre.

Vuestra esposa correrá a abrirlos, seguida de los pequeños. Y un poco sería por el retraso, pues tanto ella como los chiquillos tienen hambre.

- ¡Cómo has tardado tanto? -preguntará.

- Buenas tardes, señora -Quitaos el sombrero y adoptad una actitud respetuosa- ¿Está el señor Zavattini?

- ¡Vamos, vamos, que el cocido está frío...!

- Perdón, señora; necesito hablar con el señor Zavattini.

- ¡César, por dios, siempre tienes ganas de broma...!

No perdáis la seriedad y decid:

- Evidentemente se trata de un error. Perdón, señora...

Vuestra esposa se volverá rápidamente y os mirará con ojos de pánico.

- ¿Por qué haces eso?

Permanecéis serios, absolutamente serios, y repetid mientras bajáis la cabeza:

- Yo buscaba al señor Zavattini.

Se hará un gran silencio, interrumpido por el rumor de vuestros pasos.

También los niños habrán quedado parados. Vuestra esposa echará a correr escaleras abajo para abrazaros: "¡César, César!". Tendrá lágrimas en los ojos, los chicos quizá comenzarán a llorar también. Desprenderos con dedicadeza del abrazo y alejaros murmurando:

- Es un error, buscaba al señor Zavattini.

Regresad a casa veinte minutos después, silbando alegremente.

- He llegado más tarde porque el jefe de la oficina -y contad una mentira como si nada hubiera ocurrido.

¿Os gusta? Un amigo mío, a mitad del juego, se echó a llorar.

[Traducción de Ángel M. Bécquer]

## El amor

Me refugié bajo un portal. De la casa de enfrente llegaban las notas de un vals. Cesó la lluvia, y en el balcón de aquella casa apareció una muchacha morena vestida de amarillo. No la veía bien, allá en lo alto; no hubiese podido decir “su nariz sonrosada”, pero me enamoré; quizá fue por el aguacero, quizá el brillo de las goteras bajo el sol que asomaba otra vez (nos sigue de puntillas alguien que mueve las nubes, suscita clamores en los caminos sólo para que nos empujen donde a él le conviene, pero de modo que se acuse a las nubes y a los clamores). Desde el balcón se le cayó a la muchacha un pañuelo; corrí a recogerlo y entré en el portal escaleras arriba. En lo alto me esperaba la muchacha: “Gracias”, dijo. “¿Cómo te llamas?”, la pregunté, jadeante. “Ana”, respondió, y desapareció. La escribí una carta que nunca más he vuelto a escribir en la vida, al cabo de un año era mi mujer. Somos felices; a menudo viene a vernos María, la hermana de Ana; se quieren y se parecen mucho. Un día se habló de aquella tarde de verano, de cómo nos habíamos conocido Ana y yo. “Estaba en el balcón -contó María- y, de repente, se me cayó el pañuelo. Ana estaba tocando el piano. La dije: “Se me ha caído el pañuelo, alguien viene a traérmelo”. Ella, menos tímida que yo, fue a tu encuentro y os conocisteis, lo recuerdo como si fuera ayer; las dos llevábamos un vestido amarillo.

[Traducción de Juan Marsé]

## Cine en casa

Mis hijos se olvidarán tan pronto, quizá por culpa de mi aullido. Estábamos sentados en el comedor, el sábado por la noche. Primero vimos *En el zoo*, un cortometraje sobre el parque zoológico, y después una de risa. La niña corrió a que la cogiera en brazos, mientras yo reía, y reía por infinitas razones. Claudio montó la tercera de las películas alquiladas en el comercio de costumbre. Antonio gritó: “¡Un momento!”; corrió a la cocina a correr pan y volvió masticando un enorme bocado. Se sentó junto a su madre. Estaba feliz. Nada en el mundo habría podido aumentar su felicidad. Julio hacía desaparecer el siete de copas bajo los ojos de Rosanna. Rosanna decía: “Mamá, ¿cómo se las arregla para ser Dios?”

Sobre la pared blanca, dentro de pocos segundos, aparecería la imagen de un barco. *Pesca en el Norte*. Claudio había leído en voz alta el título de la caja. Todos miraban a la pared. Se apagó la luz. También yo era feliz. ¿Tenía la culpa de ser feliz? “Un muerto”, dijo el confesor. “No

basta”, respondí. “Cien muertos”, insistió el confesor. Como el aliento le olía mal, tenía que mantenerme alejado de la rejilla del confesionario. Me decía cosas maravillosas que resbalaban sobre mí, como el agua sobre el mármol, porque le olía el aliento. “Tres millones de muertos”, dijo. No, no, yo soy feliz. Soy feliz por ese pedazo de pan que mi hijo mastica; por la melena de mi mujer, que se hace plateada cuando su cabeza aflora en el cono de luz que atraviesa la habitación; por los crujidos de las sillas; por mi postura: apoyado en un mueble de nogal -esta noche su precio es tan alto que no seré pobre mientras viva-. Hay posturas en las que encontramos como un molde que nos esperaba; basta mover un brazo un sólo centímetro para no ser ya feliz. “El dependiente se ha equivocado”, dije. No era *Pesca en el Norte*, sino un salón lleno de espejos. Un hombre se desnudaba rápidamente, se quedó en calzoncillos. Los niños comenzaban a reírse. La oscuridad que había detrás de la espalda del hombre era una puerta que se abrió, y apareció una mujer desnuda. En un relámpago, el hombre se quitó los calzoncillos, y la mujer tendió los brazos hacia él. Yo aullé. Sólo durante el aullido los ojos de mis hijos no vieron nada. También mi mujer se había levantado y gritaba. Sus manos pasaban como mariposas ante la pantalla. Mientras tanto, el hombre había cogido un seno de la mujer. “¡Quieto, quieto!”, aullé. Podía morirme tirarme por la ventana. Todo el mundo podía suplicar de rodillas junto a mí, pero aquel hombre no se habría podido estar quieto. Una docena de planos más y habríamos visto en primer plano la parte de la mujer hacia la cual avanzaba, como una boca, el encuadre. Di una patada a la mesa. Antonio encendió la luz. La máquina estaba tirada en el suelo y humeaba. Con un cojín del sofá me precipité sobre la máquina, pero no era necesario. Antonio miraba la máquina, la palpaba para buscar el sitio dónde estaba rota. Habría querido hacer algo hasta el alba, y no sabía qué. Todos me miraban. Mejor sería tener que lamentarse del incendio que tener que hablar de cualquier cosa, quejarse de algo, como de un incendio o una enfermedad, en presencia de gente. “Mañana le ajustaré las cuentas al dependiente; le meteré los pelos en la boca para que se ahogue con su brillantina”. Si el dependiente hubiera estado allí, lo habría despedazado, porque no sabía que otra cosa podía hacer o decir. Vi que Antonio y Claudio se afanaban con la manivela de la máquina. “¿Se puede arreglar?”, dije. Mis hijos no contestaron, y no me atrevía a preguntarlo por segunda vez. Mi mujer había desaparecido con la niña. Pensé: “¿Es posible hacer algo para que lo que ha sucedido no haya sucedido?” No, no era posible. Había sucedido para toda la vida, para todos mis días y los días de Claudio, y los de Antonio, y los de Julio; para todos los días de mi mujer y los de Rosanna. Dieron las once. Comenzaba una vida larga, demasiado larga. Daban ganas de sentarse, de morirse sentado antes que dar los pasos que me separaban del dormitorio.

[Milagro en Milán y otros relatos, Editorial Fundamentos, 1983]

Tijeretazos [Postriziny]  
Una revista de literatura y cine  
[www.iespana.es/tijeretazos](http://www.iespana.es/tijeretazos)  
[tijeretazos@inicia.es](mailto:tijeretazos@inicia.es)

[Cuaderno azul] Un juego divertido seguido de El amor, Cine en casa, de Cesare Zavattini